

LA REVISTA ORIENTAL

PUBLICACION DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

REDACTORES: PEDRO XIMENEZ POZZOLO, EDUARDO P. FORTEZA, FERNANDO RIOS, DIEGO CAPELLA Y PONS, EMILIO GOLDARACENA, JOSÉ A. DE FREITAS (HIJO) Y JUAN CÁRLOS CARVALHO.

ADMINISTRACION

Calle del Uruguay núm. 411

AÑO I — NÚM. III

SUSCRICION ADELANTADA

Cuatro números \$ 0.50

LA REVISTA ORIENTAL

MONTEVIDEO, JULIO 22 DE 1885

SUMARIO—Deolinda, Leyenda Oriental, por Fernando Ríos—En tú partida, poesía, por Isaías Ximenez—Su retrato, poesía, por Eduardo D. Forteza—Ayer y hoy, (A mi patria), poesía, por Juan Carlos Carvalho—Horas de delirio, (Continuacion), por J. A. F.—A tí, poesía, por Manrique—Germinal, (Continuacion), por E. Goldaracena.

Deolinda

LEYENDA ORIENTAL

Era á principios de Setiembre; llenos de savia los tallos y las ramas, empezaban á sentir esa corriente de vida que se resuelve en hojas, flores, perfumes y color;—los vientos del Norte habian arrebatado ya á la espléndida flora de los trópicos su fragancia y retemplado el aliento en esos majestuosos climas, trayéndonos en sus invisibles alas ese presagio del anhelado estío;—aquí y acullá, se oía el concierto misterioso formado por el gorgceo de los alados músicos, el susurro de las frescas hojas y esos mil sonidos y ruidos tan imposibles de describir como gratos al oído y al corazón;—el cielo ofrecia tambien más á menudo, esas claridades y esa limpidez grandiosa de un éter azul, azul como las pupilas de una vírgen de quince primaveras, cuyo corazón acaba de recibir esa primera ola de sangre, que viene á la vida clamando—amor! . . . amor! . . . infinito amor! . . .

Habia (y aun debe existir) en los alrededores de la Perla del Plata; de ese Plata magestuoso que vió cruzar un dia nuestros estandartes, abrumados bajo el peso de la gloria; de ese Plata magestuoso que más de una vez llevó en su corriente la sangre

derramada en nuestras contiendas políticas; habia, digo, en dichos alrededores, una modesta quinta y en su centro un hogar limpio, pequeño y tranquilo como el delicado nido de la paloma.

Hija única de padres ya ancianos que la idolatraban, ejemplo de ternura y laboriosidad, personificacion espléndida de la belleza humana en sus múltiples detalles, vivia en dicho hogar, Deolinda.

¿Sabéis lo que significan diez y ocho primaveras en una cabellera undosa, oscura como los pensamientos que por un capricho de la naturaleza tienen á veces el brillo y el tinte del ébano?—¿Os habéis fijado en esos ojos que atraen, en esos ojos negros, rasgados, cuya mirada os habla, sin saberlo, de amor, de misterioso amor?—Sabéis lo que expresan: ese tinte rosado; ese clarísimo reflejo de luna en una concha de nácar; esa morbidez virgínea y proporcion de formas; esa tenuidad dulcísima del cutis de una niña aristocrática; esas manos de mármoleo aspecto, pequeñas, delicadas, que ofrecen al tacto la sensacion de la seda; ese timbre de voz argentino, armonía para el oído y melodía para el corazón; ese candor de vírgen; ese semblante de salud; ese andar magestuoso y esas maneras y trato suaves como los blandos pétalos de las rosas?—Si no lo sabéis, tal vez no pueda haceros comprender lo que fué Deolinda;—porque esas formas celestiales, cuando van unidas á una alma tan pura, no tienen más expresion que la manifestacion real por la presencia del individuo.

En una de esas tardes hermosas, en que parece que hasta la inanimado goza la sensacion del placer, conoció Deolinda á Roberto; corazón franco, generoso, abierto á todo sentimiento de verdadera dicha, de abnegacion y magnanimidad.—Cargada la juguetona brisa con todos los perfumes y aromas arrebatados á las tempranas flores,

embalsamaba el ambiente;—al frente de la casa al través de la verja tapizada por enredaderas de heliotropos y madreselvas, apenas si podía distinguirse el césped de esmeralda del exterior: fué por uno de esos pequeños espacios, no cerrados por el follaje, que Roberto ocupado ese día en la caza, apercibió á Deolinda, entretenida cual lo hacia muchas veces, en sorprender bajo las hojas acorazonadas á las émulas de su modestia, las ocultas violetas. — Extasiado en la contemplacion de aquella humana divinidad y con el acento casi ahogado por la emocion, interrogó á la hermosa, sorprendida y ruborizada, si le sería posible reposar de la fatiga unos cortos instantes en el seno de aquel paraíso. — Incliné la jóven la cabeza, en señal de asentimiento, prorumpiendo en una cascada de armonías: papá— papá, hay del lado de afuera un caballero que solicita albergue por unos instantes. — ¿Quién, hija mía? inquirió el anciano. — Un humilde servidor, añadió Roberto, inclinándose cortesmente y aproximándose ya al anciano que le iba á recibir; — manifestó su necesidad de descanso á causa de las mil peripecias de la caza durante el día; — brindósele de mil amores la hospitalidad deseada y de allí á poco ya hablaban de la caza, de la hacienda y de los campos, á tal punto que establecida esa dulce familiaridad de la conversacion, dirigió el anciano su discurso á la manifestacion del adelanto de sus parras, su huerta y sus flores. Pasáronse en esta plática dos horas largas y Deolinda á indicacion de su padre ofreció á Roberto uno de esos licores generosos que tienen la virtud de reanimar el torrente circulatorio y vigorizar la expresion del pensamiento, vistiéndola de ese ropaje de imágenes, tanto más hermosas cuanto más sentidas; — y ¿cómo rehusar un ofrecimiento articulado por aquellos labios, bañados en el más delicioso néctar? — brindó por la salud del anciano y la felicidad de la hija — y muy luego solicitó permiso para retirarse alegando lo avanzado de la hora para llegar ántes de la noche á la ciudad; ofreció cortesmente sus servicios, agradeciendo en galanos conceptos la hospitalidad recibida.

Al estrechar las ebúrneas manos de la jóven, comprendió Roberto por la emocion sublime experimentada y la dulce turbacion de Deolinda, el intenso lazo de amor

que desde ya los unia; porque el amor no se busca, ni se discute: se manifiesta á la presencia del sér que se ha de amar, como se manifiesta la atraccion del iman en presencia del hierro, como el color en presencia de la luz! — En aquella mirada, cambiada al despedirse, iba el juramento ardiente, la promesa del alma, que jamás se olvida; el poema grandioso, el himno sublime de la vida universal, la nota gigantesca arrancada por la mano del Eterno al arpa del Universo, nota que vibra eternamente en el cielo... en la tierra... en el corazon de la Humanidad...

—Fuése Roberto, nervioso, pensativo; mil ideas cruzaban por su cerebro, mil emociones embargaban su corazon. — Deolinda tambien, quedó agitada, conmovida; no se borraba un instante de su imaginacion la varonil apostura de Roberto, sus maneras elegantes, su acento y la impresion de delicia que aún creia sentir en la mano como la experimentaba en el corazon.

Pasaron varios dias y ninguno de ellos dejó Deolinda de recoger un ramito de violetas que una mano misteriosa colocaba á la entrada de la quinta cerca del sitio en que el doncel sorprendió á la hermosa, aquella tarde que fué para él aurora de dicha.

El último ramito que alcanzó á recoger Deolinda, traia esta misiva:

— «Deolinda, virgen de mis amores, concédeme la suprema dicha de oír el acento de tus labios;— quiero descubrir el secreto de mi destino, leyéndolo en tus ojos, en tu alma, en tu corazon; — mañana ántes del amanecer estaré en el fondo de la quinta.

Tuyo eternamente.

Roberto. »

La sensacion causada por estas cortas líneas en el alma de una jóven casta, enamorada, que ama y respeta á sus padres con indecible ternura; — esa mezcla de sentimientos de amor, de tristeza, de sufrimiento, de dicha, de temor y de esperanzas; no se describe; se presiente... se adivina...

Era el amanecer;— allá al Oriente, en el confin de la tierra y el cielo, empezaba á surgir esa ténue claridad que poco á poco se transforma de azul desvaído en anaranjado, rojo y escarlata hasta que la luz uniforme del Gran Luminar sucede á los múl-

tiples tintes de la aurora. — Suspiraba la brisa entre las flores; — evaporábase el rocío depositado por la noche en las verdes hojas; — oíase entre el espeso follaje el canoro acento de las aves y esparcíase en torno la exquisita fragancia y ese frescor de aliento y de vida que trasciende cuando ya brilla el Rey de los Astros sobre el horizonte, en esas mañanas en que es dulce vivir, porque se posee la dicha soñada y la naturaleza une á nuestra felicidad todos los cambiantes del iris, todas las perfecciones de la forma, toda la magestad del sonido, todas las armonías del cielo y de la tierra.

Hacia ya algunos instantes que Roberto se hallaba al fondo de la quinta, como lo habia indicado en el billetito mensajero; — Deolinda tambien, abandonando el blando lecho en que no pudo conciliar el sueño durante la noche, se dirijia al sitio en que se hallaba el doncel; — recogido el cabello en dos abundantes trenzas, unidas por el perfumado broche de un azahar y vestida de elegante matiné de fondo celeste con flores doradas, parecia el hada misteriosa de la floresta surgida de improviso en el éter.

— Deolinda! Deolinda! — exclamó Roberto al aproximarse ésta — un sacrificio como el tuyo, merece una eternidad de amor!

— Y yo os amo, Roberto!... yo os amo... pero; oh, Dios mio! — cuando lo sepan mis padres!... temo, Roberto!... temo á Dios!...

— Deolinda, no temas, alma mia, Dios que creó nuestras almas y nuestro amor, lo bendecirá! — Habla; háblame de tu amor, aliento de mi vida!

— Sí Roberto... ¡te amo! — Solo sé decirte: te amo!

Es tu presencia tan grata á mis ojos, tan dulce á mi corazón, que no sé decir lo que anhelo, aunque tú lo comprenderás por mi turbacion, por el delicioso encanto que manifiestan mis sentidos todos, mi semblante y mi voz... Roberto! — eres mi amor y mi esperanza en el presente, — serás mi gloria, mi suprema felicidad en el porvenir... júrame que te unirás á mi con ese lazo sagrado, con esa cadena de rosas que une las almas de los que se aman!... júrame que no amarás á ninguna... á ninguna otra... .

— Deolinda, vírgen enamorada! — ángel

de blandas emociones... tu amor es más hermoso que el perfume de los nardos, azahares y jazmines; — tu aliento mas suave que el aroma de las violetas; — tus dientes, mas blancos que la escarcha; — tus labios mas rosados que el tinte de la grana que ofrece la aurora en las mañanas alegres del estío; — tiene tu voz las modulaciones del arpa, el argentino timbre de las copas, las misteriosas armonías que arranca á la materia el génio en un raptó de inspiracion!... tu vida es el fin de mi vida; tu sangre es el calor de mi sangre; los latidos de tu corazón el ritmo de las del mio!...

— Ven, querube dulcísimo, ven!... te juro por la luz, el calor, la tierra, el cielo... por Dios! — que tu amor es la única, eterna, infinita dicha que ambiciono gozar en esta vida y despues en la eternidad! — Viértase el raudal de mis lágrimas en tu dulce compañía, mis puras alegrías, mis éxtasis de amor, gócelos reclinado en tu casto seno y muera oyendo los latidos de tu corazón!...

— Entrevistas como la anterior se repitieron una vez y otra, hasta que el amor de ambos no fué un misterio para los padres de Deolinda, sinó una bendicion.

Pasaron varios meses, extasiados uno y otro en contemplar su dicha y devolverse ese delicioso « te amo! » — te amo, que viene vibrando en los labios del hombre, desde los primeros dias de la creacion; de ese « te amo » — que desvanecen las frias nieblas de la duda y clama en nuestro pecho — « créé, créé y ama juventud! — persigue el ideal que es tu fin, de pura tu alma en ese crisol divino y huiran por siempre las funestas ambiciones, los mentidos placeres, la envidia, la maldad y el crimen; — créé y ama; y nacerán al calor de esa idea — sentimiento: las hermosas esperanzas, los frutos bendecidos del trabajo y la paz del corazón, que son las flores del alma como las rosas, jazmines y violetas son flores de la tierra.»

Acostumbraba Deolinda esperar á Roberto cerca de la entrada de la quinta, apoyándose unas veces al tallo de uno de esos almendros que producen tan inmensa cantidad de flores, y otras entreteniéndose el tiempo con la lectura de esas obras inmortales que encierran el alma y corazón de Byron, Dante, Petrarca etc.

Inesperadamente, sin saber á que motivo

atribuirlo, faltó Roberto un día y otro, y varios y hasta un mes. . . .

La conmoción sufrida por el corazón de Deolinda durante ese mes, se manifestaba día á día por un nuevo decaimiento físico y moral; — aquella grana inmaculada, había sido sustituida por ese marmóreo amarillento que causa tanto dolor al que lo contempla, cuando sabe sentir, como á aquel que sufre la causa; — aquellos ojos, antes llenos de vida, animados de dulce fuego, estaban ahora desmayados, lánguidos, poseidos de profunda tristeza, y fijos alguna vez en ese espacio azul, parecían inanimados; aquellas formas que hubieran envidiado las vírgenes de la Grecia, habían perdido esa encantadora gracia que atrae é impone; — aquella no era su voz: era el gemido de la brisa entre los sauces, era nota ahogada de dolor.

Los consuelos que le prodigaban sus ancianos padres, informados de la funesta determinación de Roberto, que so pretexto de un viaje á Buenos Aires se había enrolado en las filas de uno de nuestros partidos políticos, — no bastaron para suavizar al menos, el dolor intenso, la profunda amargura de Deolinda.

.

Hallábase sobrecogido el ánimo tanto en el campo como en la ciudad; — en el hogar intranquilo no se oía sino la palabra de muerte, el desasosiego y angustia incesantes, — á las armonías de la paz y de la dicha habían sucedido esas armonías desesperantes del dolor, de ese dolor que se reconcentra como en último asilo en el más degradante escepticismo ó en la oración y en la fé. . . .

— Era en los campos del «Sauce»; — la guadaña helada de la muerte, acechaba á nuestros hermanos de ambas divisas, oculta entre los espesos pajonales y los recientes surcos del arado. A las chanzas y blasfemias del vivac iban á suceder los ayes de dolor, la enseñanza amarga y el desolado hogar, — la miseria y el luto á las comodidades y abundancia de mejores días. — Mil quinientos orientales y entre ellos Roberto, — descendencia de Artigas y Lavalleja, sangre que se cubrió de gloria en cien combates — fueron sacrificados en aras de la funesta discordia. — Mas deje-

mos, dejemos pasar esa ola de sangre de los que fueron — y volvamos á Deolinda.

Tocaba el sol á su ocaso, reinaba el silencio apenas interrumpido por el rumor del viento entre las hojas, ni trinos de aves, ni rumor de fuentes, un cielo ceniciento con murientes resplandores de grana, la soledad del alma y la soledad del corazón: hé ahí la situación amarga de Deolinda en el instante en que presintió la triste realidad; la muerte de Roberto.

Uno de sus compañeros de armas pudo recoger la última expresión que articularon sus labios para transmitirla á la desdichada joven: — „dile — dijo el moribundo que nuestras almas se reunirán en la eternidad“, y espiró.

Aún cuando se tomaron las más severas precauciones para ocultar á Deolinda la nueva fatal, ella la leyó en la tristeza de sus padres, en el aire de misterio del amigo de Roberto, y más que todo, en el torrente de lágrimas que no cabía ya en sus ojos y en la amargura de su corazón.

Aquella organización delicada, no pudo resistir tan rudo golpe, ni conservar la armonía de sus facultades; y hé ahí á Deolinda con vida, sí; pero sin esa dicha de poder apreciar la realidad; sin amor, sin esperanzas en el presente ni en el porvenir. . . . Fija la imaginación en una idea predominante, hé aquí la relación con que interrumpe mil veces el diálogo cuando se le conversa: „Cuando venga Roberto. . . . cuando vuelva. . . comprenderá mi amor. . . volverá. . . . sí! volverá. . . . él vive y volverá!“

.

La última vez que la vi; — bajo la vigilancia de una de sus amigas, paseaba por la quinta; — rodaron algunas lágrimas por mis mejillas y viniéronme á la memoria los versos del malogrado Becker:

La dulce Ofelia, la razón perdida
Cogiendo flores y cantando pasa. . .

Fernando Rios.

En tu partida

¡Vas á partir! Mi pecho se desgarró
Al pensar en tu ausencia, ángel querido,
Y el dolor clava su opresora garra
Aquí en mi triste corazón herido.

¡Vas á partir! Tu imágen venturosa
Siempre grabada quedará en mi mente,
Como grata vision color de rosa
Rodeada de una aureola refulgente.

¡Vas á partir! De tus hermosos ojos
No gozaré la lumbre bendecida,
Ni oiré tampoco de tus labios rojos
La dulce frase con que dás la vida.

¡Vas á partir! Jamás mi pensamiento
Se apartará de ti, bella adorada,
Y en sus alas purísimas el viento
Te llevará mi voz enamorada.

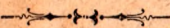
¡Vas á partir! El armonioso canto
Que modula el zorzal en la espesura,
Para mi no tendrá aquel dulce encanto
Tan grato en mis momentos de ventura.

¡Vas á partir! Si acaso tu memoria
Se detuviera en mi solo un instante,
Recuerda que eres tú la única gloria
Que yo ambiciono en mi pasion constante.

¡Vas á partir! Mas dime—¿que es la vida
Sin tí, estrella de luz esplendorosa?
Martirio con que el duelo nos convida,
La oscuridad de noche tenebrosa.

¡Vas á partir! Jamás dentro del pecho
Sentiré grata la apacible calma,
Pues sin tí quedo de dolor deshecho
Rasgado el corazon y herida el alma.

Isaiás Ximenez.



Su retrato

Es la tierna beldad que mi alma adora,
Espléndida, graciosa y soberana,
Tiene el fuego y belleza de una Mora
Y la intensa virtud de una Cristiana.

Al deslizar su delicada planta
Apénas toca el alfombrado suelo,
Cual celeste vision que se levanta
Con ánsia loca de besar el cielo.

Son muy negros los ojos de mi hermosa,
Es muy negro el color de sus cabellos,
Y en su rostro la nieve con la rosa
Se disputan sus tintes y destellos.

Los trinos del turpial en la espesura
No tienen de su voz la melodía,

Si cuando habla es torrente de ternura,
Cuando canta es torrente de armonía.

Quando calla, semeja silenciosa,
Vénus de mármol que el buril cincela,
Y cuando mira, ostenta ruborosa
La dulce timidez de una gacela.

Allá en el fondo de sus lindos ojos
Hay sombra y luz, hay maldicion y ruego,
Y en sus labios, tan puros como rojos,
Palpitan tiernos, ósculos de fuego.

Del artista en la mísera paleta
No hay un color que pinte su ternura,
Nada son las huries del profeta
Al lado de su espléndida hermosura.

Como el astro engarzado allá en el cielo,
Vive en mi alma engarzada su memoria,
Y es su amor puro y santo en este suelo
La diadema brillante de mi gloria.

Eduardo D. Forteza.



Ayer y hoy

(Á M I P A T R I A)

Hoy cumplen nueve meses, ¡oh patria bendecida!
Que lejos de tus playas busqué hospitalidad:
Hoy cumplen nueve meses, que en tierna despedida,
Quedé rogando al cielo por tu felicidad!...

Hoy cumplen nueve meses, que en lágrimas de oro,
Lloré mi desventura transido de dolor!...
Hoy cumplen nueve meses, que sin cesar te lloro,
Sin olvidarte nunca, sediento de tu amor.

¡Cuán triste es para el alma, recuerdos de ventura,
Que allá en mejores tiempos, gozó con libertad!...
La dicha es tan veloce, que dura... lo que dura
El lampo reluciente en densa oscuridad!

Ayer todo era bello, magnífico, esplendente;
El sol, la luz, el cielo, las nubes y la aurora;
El mar, el horizonte y el perfumado ambiente,
Que en alas de la tarde tu bendicion implora.

Entónces, ah! entónces, el curso de tus rios,
Tus vegas y praderas, cubiertas de verdor,
Tus selvas y tus bosques floridos y sombríos,
Mostraban á mis ojos, tu mágico esplendor.

El mar que te circunda, extático admiraba,
Llenando así á mi alma de muda inspiracion,
Y el surco que en el Plata la quilla dibujaba,
Si aligera lo hendía — alguna embarcacion.

Tu Cerro y su Farola, que alumbró al navegante,
Sirviéndole de guía en noche de huracan,

Mil temas me prestaron, para cantar gigante,
Estrofas inspiradas que nunca morirán.

Entónces era bello, magnifico, esplendente;
El sol, la luz, el cielo, las nubes y la aurora,
El mar, el horizonte y el perfumado ambiente,
Que en alas de la tarde tu bendicion implora.

Las noches del estio, tranquilas y serenas;
La luna reflejando su imagen en el mar;
Las dulces armonias con que tu espacio llenas
Y el céfiro tu amante, besándote al pasar.

Las brisas de la tarde sutiles y ligeras,
Meciéndose en las hojas con ténue oscilacion,
Del templo las campanas que en notas plañideras
Llamaba á los mortales al toque de oracion!...

Mas ¡ay! todo pasó!... De aquellas ilusiones
Que alegre y placentero gocé cerca de ti,
Tan solo restan dudas, fantásticas visiones...
Que enferman al espiritu burlándose de mí.

Hoy solo la tristeza mi corazon anida,
Y el heticismo rudo de la nostalgia siente!...
¡Oh Dios! ¡Qué instante dulce será para mi vida,
Aquel en que yo bese con efusion tu frente!!

Juan Cárlos Carvalho.

Barcelona, Enero 29 de 1881.

Horas de delirio

(CONTINUACION)

II

Poco despues se internaba con paso lijero en las solitarias callejuelas de los arrabales. Ya el sol habia cesado de acariciar á la tierra, y el crepúsculo avanzaba silenciosamente preparando gradualmente la melancólica transicion entre la luz y la sombra. Todo estaba mudo; desde el pájaro que escondia la cabeza bajo el ala esperando el despertar de la aurora, hasta la brisa que habia cesado en su dulce tarea de arrancar torrentes de armonías en los ramajes vecinos.

Esa hora tiene toda la tristeza de una despedida; diríase que se asiste al espectáculo de una vida que agoniza, como la lámpara ya exhausta del santuario.

Latíame el corazon apresurado; mi cabeza era un volcan de ideas y sentimientos, entre los cuales si surgia momentáneamente la reflexion, moria languideciendo como una ola en la arena de la playa.

Allá iba; deslizándose á lo largo de los cercos de los jardines, que recién dejaban

escapar de sus flores el primer perfume de la noche, y el rumor de su paso que se alejaba, llegaba hasta mí, confundido con el ruido de las hojas, y lo seguia, como seguimos en sueños aquellas visiones evocadas en una hora de delirio.

Ni una sola vez en el camino habia vuelto el rostro para mirarme, como si no sospechára mi persecucion ó estuviera por el contrario segura que iria tras ella hasta la eternidad.

Apresuré el paso, y á poco andar encontréme á su lado.

—Señorita,—la dije con voz conmovida,—no es posible que Vd. continúe sola su camino en paraje tan solitario. ¿Me permitiría Vd. acompañarla?

—Gracias, contestóme con marcada sequedad,—no lo necesito.

Y volviéndome la espalda, continuó su ruta, agena á la tempestad que se desencadenaba en mi corazon y amenazaba hacer estallar en pedazos mi cerebro.—¡Ah, lo que he sufrido aquella noche maldita, solo yo puedo saberlo, porqué no hay palabras para decirlo!

Ya no me daba cuenta de mi mismo. Habíame acostumbrado desde niño á dominar mis pasiones, á jugar con ellas cómo el domador con sus fieras enjauladas, y me encontraba que las fieras vueltas contra mí me devoraban las entrañas con sus fauces dilatadas por la rabia.

Los rios desbordados se enfurecen con los obstáculos. Aquellas palabras despreciativas que debieron lógicamente helarme la sangre, redoblaron mis deseos con mas fuerza y con mas bríos.

De nuevo la seguí. . . poco faltaba para estar á su lado, cuando ella, volviéndose cón rapidez, me dijo con el enojo pintado en su semblante:

—Creí que Vd. fuera un caballero, pero me he engañado! Quien sigue á una débil mujer, con la insistencia con que Vd. lo hace y en tales parajes, —no le deben guiar ideas nobles.

—Si la he seguido á usted — contesté algo confuso—es precisamente porque soy caballero, y tendria uno remordimiento si usted tuviera un mal encuentro aventurándose sola en sitios tan apartados.

—No se cuide por mí — agradezco el interés que usted manifiesta por mi perso-

na,—pero pierda usted todo temor, no corro ningun peligro.

Y aquella voz que me pedia cortesmente que me alejara era de un acento que por su dulzura recordóme el enamorado reclamo de la torcaz oculta en el monte, en las calurosas siestas del estío, y por su ternura el canto del zorzal á la caída de la tarde en los árboles de la orilla.

Forgeme la ilusion extraña de que me llamaba en vez de despedirme, y que si resistía era para que insistiera, y contestéle apasionadamente.

—Aunque así sea, — no se niegue á mi pedido, y le deberé uno de los momentos más dichosos de mi existencia.

—¡Qué terquedad la suya! — dijo sonriendo — Y si yo le manifestára que es usted y no yo, quien arriesgase yendo en mi compañía,—¿sería acaso tan solícito en su pretension?

—¿Porqué no?—repliqué resueltamente sintiendo herido mi amor propio de hombre y de militar,—iré donde Vd. vaya y no habrá nada que me haga retroceder un paso, ni la muerte misma.

—Si Vd. es pues, tan valiente, venga conmigo. No tendré yo la culpa de lo que pueda sucederle.

Y en ese instante oí claro, distinto, penetrante el lúgubre chillido del buho que cruzó siniestro sobre mi cabeza agitando con suavidad sus largas y negras alas.

Jamas he tenido preocupaciones de ningun género, porque para mí los augures y las sibilas han muerto con las épocas legendarias de Grecia y Roma;—y sin embargo, ese grito despierta en mi espíritu cierto temor supersticioso, porque cada vez que ha resonado á mi alrededor he tenido que agregar una página triste á la historia de las amarguras de la vida.

(Continuará).

A tí

Arcángel de ventura
Feliz y esplendoroso,
Huri de mis ensueños
Y encanto de mi amor,
Que deslumbrar supiste
Mi espíritu afanoso
Con tu mirada ardiente
De rayo abrasador.

Escucha los cantares
Que brotan de mi lira,
Bajo impresion extraña
Celeste y divinal,
Y atiende, luz del alma,
Las notas que suspira
Cuando me rinde dulce
Tu encanto angelical.

Bien sé yo que no pueden
Mis cánticos sonoros
Decir lo que quisiera
Poderte yo decir;
Bien sé yo que no pueden
Mis versos incoloros,
Decir las impresiones
Que pude yo sentir.

Mas puedo, sí, en mis rimas
Decir que tu sonrisa
Me hechiza y me arrebatá
Con su indecible imán,
Y que en mi pecho eleva,
Más dulce que la brisa
El sentimiento grato
Del misterioso afán;

Que brilla en tu mirada,
Colmada de ternura,
La luz de mi esperanza
Y el cielo de mi amor,
Que muestran de tu pecho
La cándida dulzura
Entre irisados rayos
De espléndido color;

Que llevo aquí en la mente
Grabada tu memoria,
Que solo por tí late
Mi ardiente corazón;
Que cifro en tí mi dicha,
Mis sueños y mi gloria;
Que eres mi luz, mi vida,
Mi cielo y mi ambicion.

Manrique.

Germinal

(CONTINUACION)

Esteban Lautier es, más que un héroe de novela, el símbolo de una manifestacion social.

Brota del fango de Paris, lleva en sí el germen hereditario de la degradacion de

la familia é hijo de borrachos, siente la influencia del alcohol que lo conduce hasta el delirio; pero, hombre ante todo, su espíritu tiende á elevarse en la lucha y busca en la instruccion, como el ambiente refrescante que levanta los trigos mustios y caidos bajo los abrasadores rayos del sol estival, el soplo poderoso que enardece, que vibra sobre la multitud y, potente, la arrastra con impulso scberano á la realizacion de las empresas más difíciles.

Al ingresar en la mina, léjos de su mente la idea de una resistencia. El proceder de la compañía cuya tiránica representacion se encarna en el ingeniero Negrel apénas si le inspira un sentimiento de compasion. Su carácter independiente no sufre sin oposicion el yugo; pero, no sueña posible que pueda domeñarse al capital con el trabajo revelado.

La influencia se hace sentir desde léjos.

Pluchart aquel obrero inteligente que mantiene correspondencia con la sociedad Internacional de Lóndres y es su representante en Francia, lo deslumbra apareciéndosele como el tribuno del pueblo como el apóstol de la redencion del obrero.

Pero, sobre todo, quien obra más directamente haciéndole sentir su inferioridad y su ignorancia es Souveraine aquel emigrado ruso que trae en su mirada el resplandor de la venganza de un pueblo esclavo y en su sonrisa el desprecio por el individuo que no sabe perder su individualidad perdiéndose en la multitud para servir los intereses generales.

Souveraine! Hé ahí la figura verdaderamente siniestra en aquel cuadro de celajes sombríos.

Hay en las costas de la Bretaña rocas inmensas que se pierden en los cielos, batida su base inconvivable por las olas borrascosas. Negras, lúgubres, tranquilas en medio de la tempestad, sienten rodar sobre su frente masas de vapores preñadas de venganzas y escuchan inmutables el ronco retumbar del mujir eterno de las olas. Apénas si alguna vez se desliza hasta las aguas turbias un bloque segregado por el brazo ciclópeo del vendaval airado. Las gaviotas y los alciones anidan en sus cimas y son serenas é inmóviles la imágen de la fuerza en que se estrella la fuerza.

¡Ay del marino que es arrastado hácia el peñasco! Parece acariciado por el abrazo

horrible del naufragio, absorbido por el aliento devorador del mar embravecido,

Así, Souveraine, sorprende por su impenetrabilidad, por la intrépida decision de sus proyectos. Nada es bastante para hacerle cejar en sus propósitos y marcha á sus fines como la fatalidad, como el destino.

Viene del Norte como los vándalos á llenar en medio de una escena de destruccion una mision civilizadora. Las doctrinas que sustenta como bandera de combate no convienen, en verdad, con las instituciones sociales francesas porque se necesita ser siervo ruso ó agricultor irlandés para admitir el nihilismo como medio de emancipacion.

Los pueblos del Norte gimiendo bajo la coyunda del despotismo autocrático, sin más patria que los dominios de un señor á su vez tambien esclavo, sin más justicia que la arbitraria de los empleados imperiales, siempre oprimidos, y vejados siempre, condenados al *knout* por la falta más mínima y hundidos en las estepas ateridas de la Siberia si escapan á la muerte, imaginan posible la humanidad descansando en la igualdad absoluta, porque al tender la mirada en torno suyo encuentran que todos son iguales en el infortunio, que todos sienten, como la roca de Sisifo, pesar sobre su pensamiento la sombra de las grandes amarguras. Y al ver ante sí el camino sangriento que conduce á la cumbre iluminada por el purísimo resplandor de sus ideales, no trepidan en internarse en él, llevando por guía el genio de la desesperacion que empuña la tea de las venganzas superiores.

El espíritu del sacrificio los inspira. Todos esos sentimientos delicados que nacen al calor del hogar y se desarrollan en el seno de la familia, perecen como la vejetacion en las arenas del desierto. Los héroes ignorados que pertenecen á la falange exterminadora, no tienen tan siquiera un nombre; solo su obra pasará á la posteridad como el esfuerzo de una generacion soberbia que tuvo la conciencia de sus derechos y la valentia de mantenerlos. En esa batalla librada en las tinieblas, los combatientes son fantasmás; el resultado, sombras.

(Continuará.)